

EXTRAÑA PARÁBOLA DE UNA BELLA Y UNA BESTIA

JUAN JOSÉ DELGADO

No era momento de proseguir por la montaña. El sol estaba colgado más allá del mediodía y yo, cada vez con más frecuencia y angustia, miraba lo tarde en las agujas de mi reloj. Debía cuanto antes regresar. Llegar a mi casa. Afeitado y ducha. Comer algo con lo que engañar el estómago. Vestirme sin apuros. Casarme a las ocho en punto de la tarde.

Acaso a cien metros de mí se encuentra la planta que estoy buscando desde muy de mañana. Me habían dicho que crecía por estos parajes. Más o menos a estas alturas. Pero ya no hay tiempo. Ha sido todo un viaje inútil y sin resultado. No he visto ni rastro de la condenada planta.

Comencé a bajar. Cogí un palo que se hallaba tirado en el suelo. Había cerca un matorral. Quiebro con tres golpes numerosas hojas del matorral. Miro alrededor. Cuánta yerba. Cuántas plantas sin nombre. Yo debía haber encontrado una que echaba flores de un color muy blanco. "No te preocupes. La reconocerás en seguida porque crearás ver la espuma de la leche". Así me dijeron. Y me dijeron también que, en caso de duda, dispondría aún de otra señal: "Arranca la planta. Si ves un negro negrísimo en sus raíces, ésa es. Cómetela".

Indagué en las flores blancas. Arranqué raíces. Raíces rojas. Raíces pardas. Desteñidas raíces.

Bajaba la montaña con resquemor y con un cierto aire salvaje. No haber encontrado la planta me llenaba de melindrosos presentimientos. Me sentía desvalido. Como si yo mismo me considerase ya condenado antes de que comenzara el anunciado conjuro que alguien me reserva. "Sólo la ingestión de la raíz podrá salvarte. Procúrala" me habían advertido.

Palo a palo abatí un cardo. Tronché amapolas. Derribé miles de hojas de muchas plantas sin nombre. Destruí sin sentido hasta encontrarme cercado por una antología de olores como los que despiden la sangre tras una inhumana carnicería.

Acabada la ceremonia de la boda, despedidos ya los invitados, ella y yo nos retiramos impacientes a la habitación. Vimos nuestras maletas rellenas y cerradas sobre la cama todavía virgen. Nos hallábamos a punto de comenzar nuestra luna de miel. Estábamos cerca el uno del otro, casi oíamos las respiraciones. "¿Me quieres?" preguntó ella.

En puerco y, y, y, y... alma.

La ley del verbo se hizo puerco en mí según mi palabra. Y era ya demasiado tarde para enmendarlo. Si mi voz había sonado con la dulzura del bolero en el primer trecho de la frase, a partir de ahí ni las íes griegas pudieron remediar el horroroso abismo en el que ya se había metido el alma. Ella, por un golpe de la casualidad, se llamaba Alma, precisamente. Y yo, yo sólo escucho una cantinela que golpea una y otra vez en la cabeza: Bestia, Bestia, Bestia.

La Bella es Alma; la Bestia, el puerco; y el puerco soy yo. La Bella mira al puerco sin alma. Lo mira con cara de desplacer. Alma me rehúye. Sospecha en mí ardorosos deseos. Yo sólo quiero un beso de fábula, un beso con la magia suficiente como para disolver el puerco y recuperar entonces mi forma original. Pero ni a la piel ni a los labios de Alma les apetece el pelaje ni el beso de un puerco.

Es necesario que acabe este condenado infierno. El amor redime. Mil y una historias y otras tantas fábulas responden a ese tema. Pero estimo que se precisan no menos de seis o siete meses para que la Bella pueda sentir amor por esta Bestia en que me he visto convertido. Demasiado tiempo. Y resulta bastante incómoda esta posición a cuatro patas. Gruño. Necesito una aceleración de los acontecimientos, la resurrección súbita de los sentimientos tiernos que ahora se hallan probablemente helados en las mismísimas profundidades de Alma.

Para situaciones límites me digo se necesitan situaciones límites. Así que idearé una. Buscaré un carnicero. Que venga aquí con su cuchillo. Alma se encontrará en plena situación límite y acaso le venga el impulso de ampararme e interponerse ante el cuchillo. Reparecerá el amor perdido. Y llegará el beso que pondrá las cosas en su sitio. Recuperaré así mi cuerpo verdadero.

Aló. Aló. ¿Carnicero? Sí. Un puerco. Setenta kilos. Sí. Matanza. Sí. Urgente. En la sala. Sí. Que sí, le digo que en la sala. No importa. Usted entre que la puerta estará abierta. No. No. Yo no estaré. Encontrará una mujer vestida de novia. Aunque grite. Sí, aunque grite. Sí. Sí. Matar al puerco. Adiós. No tarde. Lo espero.

Tarda. Vigilia ella y yo vigilo los pasos del carnicero que no llega. Tarda. Ella con sus ojos despiertos y

qué verdes. Tarda mucho el carnicero. Yo, con los párpados que pesan como piedras. Y el carnicero no viene. Ella y sus ojos de verde impasibilidad. Y las piedras caen como párpados. Tarda. Caen irremediablemente. Viene el sueño.

Mi paso de humano a porcino no se produjo, como yo había en principio equivocadamente deducido, por causa de una confusión léxico-semántica. La frase fue un elemento más; un elemento necesario pero no el fundamental. En el sueño hacia donde me había deslizado vi una figura de cara indescifrable, que me advirtió: "No te acerques a tu mujer sin algo que te preserve. Y el remedio es una yerba de flor blanca. Arráncala y come su oscura raíz. Recuerda: no bebas nada que te ofrezca sin antes haber ingerido las propiedades de la yerba."

La novia agarró con su mano la botella descorchada del champán. Metido en el líquido y envolviendo las burbujas estaba el brebaje que había preparado. Llevó el champán hasta los bordes de la copa. Dijo:

Brindemos.

Y chocaron con solemnidad los cristales.

El brebaje en el champán atravesó cálido la gar-

ganta del novio. Dejaba en la boca un rastro de sabor extraño y como un aroma de cosa podrida. No obstante, el hombre apuró hasta el fondo.

Ella observaba diligentemente. Ordenó:

Bien. Ahora, ¡andando a la pocilga!

Pesadilla. Soy un cuerpo sujeto a una condena. No puedo moverme ni despertarme. ¡Anacrónico sueño, ¡por qué me previenes tan a destiempo?!

Hay que despertarse. Está llegando el carnicero. Alma acude a recibirlo. Él dice:

Me han llamado por teléfono para que venga aquí y mate un puerco.

Ella responde:

Sí. Pase. Está usted en su casa y el puerco en la sala.

Oigo pasos. Quiero gritar y se me abre la garganta. Tengo abiertos también los ojos, y veo los ojos verdes e impasibles de Alma. Grandes y verdes.

Grito y verde se van alejando de un charco de sangre y de aquel carnicero que extrae su cuchillo del tercer espacio interconstelar. Navego aéreo sobre un mar de sangre y de dudas. Ya no veo mi cuerpo ni veo a mi Alma.